



EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE

DOMINGO 15 DE ENERO

Vive el malvado atormentado, y vive,
 Y un siglo entero de maldad completa;
 Y el honrado mortal.
 Nace y deja de ser.

CIENFUEGOS

Ya hace días que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temíamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenaje que la vanidad humana rinde después de muerto al mérito, que en vida suele para oprobio suyo desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan, empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aquí abajo sino caos y mentira, agotó en su corazón la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religión eleva al Criador en preces por el que fué, el melancólico son del instrumento de cien voces que atruena el templo lle-

nándole de santo terror, el angustioso y sublime *De profundis*, agonizante clamor del ser que se refugió al seno de la creación, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdón pedido, la deprecación de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oído del desgraciado, cuando devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazón, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caído, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. A los pies del Altísimo no es ya á la opinión de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinión de los hombres premia al mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecución, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

El conde de Campo-Alange ha muerto: una corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido más fecunda de gloria y de merecimiento que los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricación. Su biografía es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve; ¡pero ni una mancha en ellas! En la actual confusión que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua, en la prodigalidad de epítetos que tan fácilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él y el sentimiento de lo justo; tributo el más noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿qué mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende. ¿Qué llamaremos un día al que nos salve, si alguien nos salva?

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menguados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeríamos ofenderle ó escarnecerle más que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni había menester serlo para dejar muy atrás al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un joven que hizo por principios y por afición, por virtud y por nobleza de carácter, algo más que su deber; dió su vida y su hacienda por aquello por que otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creía de buena fe que eran todos iguales á él. Inclinado desde su más tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por afición, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educación y de tolerancia que sólo se adquiere en los países adelantados, donde la civilización ha venido á convencer á la sociedad de que para ella sólo las cosas, sólo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demás en las extranjeras, su afición á la carrera militar le llevó á asistir al famoso sitio de Amberes, donde empezó al lado de experimentados generales á

ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su país, sus afectos personales, su posición independiente, su mucha hacienda le convidaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemía despedazada por dos bandos contrarios que algún día acaso se harán mutuamente justicia. El corazón generoso del joven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodía de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir, todo lo arrojó en la sima de la guerra civil, monstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin aquella existencia, bien como ha devorado diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con exponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió más de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fué ascendido al grado de coronel sobre el campo de batalla, entre los cadáveres mismos que no hacían más que precederle algunos meses. Hizo más: cuando una revolución no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibió muchos pechos que creyeron deber distinguir el interés de la patria del interés de un gobierno que le había sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al extremo su generosidad, y creyó que no era su misión defender el Estatuto ó la constitución; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguía siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada más, y no envainó la espada. No queremos ofender á nadie; pero si los demás que como él pensaban habían ofrecido hasta entonces su vida á la patria, él ofreció más, ofreció su opinión. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacía no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedía al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna había encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun después de su muerte, la modestia de nuestro amigo. Esa sencilla relación es el mayor elogio, es el epíteto más glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aún más cobarde, esa vida llena de desinterés y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensación el haber expirado en Bilbao, y el haber oído el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que había sido inútil tanto sacrificio.

El conde de Campo-Alange expiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él, y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuía.

Pero era justo; Campo-Alange debía morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no

era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante; escritor, la razón y la imparcialidad presidían á sus escritos. ¿Qué papel podía haber hecho en tal caos y degradación!

Ha muerto el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquélla, que esos viven muertos y le envidian!

Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo más tierna, más justa, más gloriosa!

LOS AMANTES DE TERUEL

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN PROSA Y VERSO

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oír decir de sí: «Es un *tal fulano*,» es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco y seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado: «Aquel es el escritor de la comedia aplaudida,» eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: «Me has creído tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborreceme, si quieres, pero alaba.» Y conseguir esto en veinticuatro horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenía ayer donde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho

en favor del poder del talento. Esta aristocracia es por lo menos tan buena como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuna y pues que vale dinero, como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza, y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de *los Amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posición que le abone; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces* y *satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *los Amantes de Teruel*. Si la indignación afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel más feliz y más ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *los Amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tenga la cu-



riosidad de verle, ¿qué interés puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradición á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país; á más de una persona hemos oído deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinión, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oídas, sino en eternizar, en formular las verdades más sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageración ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalbán que trata la misma tradición hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquélla es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y ésta es un destello de pasión y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro antes y después de *el Convidado de piedra*? Sin embargo, ¿por qué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y sólo *el Convidado de piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un celoso, sino un ser común de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Por qué Otelo solo, por qué sólo el celoso de Shakespeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Molière cuando el *Bourgeois gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, más que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porción de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo

lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con *la Peau de chagrin*?

El huevo de Colón es la parábola más significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad sólo decide, y la sucesión de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Sólo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los Amantes de Teruel están escritos en general con pasión, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecía el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginación y la tradición abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la amante de Teruel podía dar su mano á quien no fuese dueño de su corazón? Era preciso sin embargo, y no había más medio para eso que poner á Isabel en posición tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasión, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues sólo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasión criminal de la madre de Isabel, preparada con tal discreción que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace más sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfección sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creída de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seducción ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posición de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él

un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creíble para el espectador, que ya ha hecho la concesión del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la excelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasión violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fría y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con más razón:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
Para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creación llena de valor y de entereza. Pobre, se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento más crítico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él más que la vida; la venganza misma de esa mujer le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oído el eco de la campana que se lo anuncia; el crimen es el único recurso, y le cometerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrílego, responde, es injusto.*

En presencia de Dios formado ha sido.
- Con mi presencia queda destruído.

Sublime respuesta de la pasión, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourut* de Corneille, porque para la pasión no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay más Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el de Ajax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personajes, y esta verdad resultaría más palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en

aquel siglo del que en el día se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga expiación lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos también aman, y el amor es el sentimiento más egoísta. Si Isabel y Marsilla, sólo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasión ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora, porque también aman: su pasión disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaría más palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Sí, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han expresado su pasión: sólo ésta puede disculpar los excesos: un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la mora sienten no es más que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habría creído acaso que es menos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecía la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasión: nos parece más fácil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una mujer.

Muchas bellezas del drama han pasado oscuras por faltas de la representación; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baus ha descubierto un celo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependía enteramente de la ejecución: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que después de haberse oído de cerca

la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible además que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos al autor y al drama.

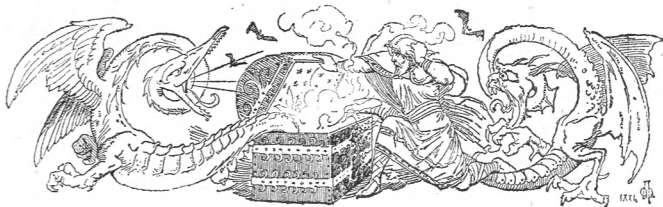
La versificación y el estilo nos han parecido excelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representación y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oído culpar de largas y lánguidas varias escenas; confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto, ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer más largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimensión, sino la falta de interés; y tanto vale que no le haya como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un día entero trascurrido al lado de su amada ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiese creído necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repe-

ticiones inútiles de la palabra *adulterio*, mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazón del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de más efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace más efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algún otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio, las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oídos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia, que los cadáveres se conservan en Tueruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambición y la envidia; que más de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se sienten.





FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO

Señores redactores: En este momento recibo esta carta que adjunta remito á ustedes para su publicación y contestación, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice así la carta:

«*Señor Figaro.* Muy señor mío y mi dueño: (Esto estaba demás, porque en el día ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada: sólo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no extrañe usted este principio extravagante, ni me llame loco todavía; á causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy además habanero; esto no es tan raro: y me sucede un caso que para mi tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Figaro, que en agosto pasado se juró la Constitución de 1812 en esta monarquía; y de que por tercera vez dijimos todos: *Constitución ó muerte.* Recuerdo este hecho porque como casi nadie la ha observado, pudiera habersele olvidado á usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues á la sazón en que por unanimidad se estaba poniendo el código en España me hallaba yo en París, y me venía á Madrid; francamente, me faltaba tiempo para

venir á gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo que la llega á obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares, que ninguna tengo, si no es la conciencia, en que como he dicho á usted abundo, la cual, aunque es seña mucho más particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte; ni menos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir á España. Ocurrióseme si sería carruaje, y dije que ya tenía el asiento tomado, y que si aludían á dineros y camisas, que era lo que el ventero recomendaba á don Quijote para andar por el mundo, dineros y camisas tenía; pero no era eso; dijéronme que era preciso más que camisas y dineros, más todavía que carruaje, *jurar allí la Constitución.* Nunca he entendido lo qué es jurar un código; por ahí conocerá usted si soy corto; alegué que yo era muy afecto á la Constitución desde que había visto el mucho provecho que traía á mi país; que en cuanto á jurar, no tenía costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos; añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creía yo que debía eso de tener gran fuerza; por fin,

que yo era hombre de bien, como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debía bastar, y que por lo tanto yo no juraría la Constitución, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecía hacerle tanta falta, con que yo le diese *palabra de Constitución*.

»Contestóseme que no estaba la España para pagarse de palabras; que ya muchos la habían engañado con buenas palabras; que aun en lo de los juramentos solía haber sapos y culebras, cuanto más en las palabras; que éstas se las lleva el viento, y que los juramentos es cosa más pesada; que en cuanto á lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez había de empezar; que no era libre el hombre de tener más hábitos que los que tienen los demás con quienes vive, y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mía, y en ello el día de mañana podría yo hacer como otros lo que más me conviniese. Juré pues en vista de esto, y víneme á España más contento, como quien había hecho una buena acción y había sacado de un apuro á un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo extrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traía.

»Pero es el caso, señor Fígaro, que en el día me encuentro con que en la Habana no sólo no se ha jurado la Constitución sino que no se ha debido jurar; que el gobierno, á quien yo tanto respeto, ha mandado que no se jure, y que los habitantes de la isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la Constitución no es género ultramarino, ni menos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien más que á la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto sólo en la Península puede convenir; que es como si dijéramos: *tal para cual*. No me asombra esto, sabiendo que hay

vinos que yendo hacia el Mediodía pierden, y viceversa. Así comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Isturiz emigrado en París por haberse opuesto á la Constitución, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Fígaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la Constitución, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted: *dejarse enterrar*. Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente. ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿dónde lo echo? ¿Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, ó tengo que ir á Roma por dispensa?

»¿Y no sabía el señor ministro que los habaneros somos á los españoles lo que los escuderos á los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la orden de caballería ni nos alcanzan ni atañen; que para ellos están reservadas las hijas de los alcaides, las princesas y las constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

»Sáqueme usted, señor Fígaro, cuanto antes de estas dudas; cuente que le deberé más que la vida, pues le deberé el honor y mi salvación, y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmente rige y gobierna el señor Calatrava, Q. D. G. (como oro en paño), y que tan anchamente recauda el señor Mendizábal (Q. D. H.), si algo le queda por haber.

»Suyo afectísimo:—*El Habanero*.»

Esa es la carta. Ustedes harán lo que les parezca.—*Fígaro*.

TODOS POR MI PADRE

ESCÁNDALO EN TRES ACTOS

LA POSADERA RUSA

SANDEZ DRAMÁTICA EN UNO SOLO

novidades representadas noches pasadas en perjuicio de la señora Baus y del público ilustrado de esta capital

Dícese comunmente que las mujeres tienen un cuarto de hora en gran manera útil de adivinar, lo cual es compararlas con los leones, que tienen también todos los días su rato de calentura; nosotros las respetamos demasiado para adoptar semejantes vulgaridades, y siempre las preferimos á los mismos leones, aunque se diga de éstos que son los reyes de los animales, pues nosotros creemos que son más bien los animales de los reyes. Son bichos caros para bolsillos comunes, y así sólo las testas coronadas los pueden mantener, único punto en que á nuestro entender se parecen á las mujeres.

Nosotros también tenemos nuestro cuarto de hora; sólo que nuestro cuarto de hora no es de calentura, como el del león, sino de verdad, como el de la mujer, y en él estamos hoy cuando tomamos la pluma para juzgar las últimas representaciones nuevas dadas en el teatro de la Cruz.

Todo por mi padre es una trama ingeniosa que en pocas palabras explicaremos. Hay en París una muchacha linda como un sol, y que vive como éste en la región más elevada, es decir, en una guardilla. Linda, por supuesto. Disputan mucho los aficionados é inteligentes acerca de los países más fértiles en bellezas. Quién da la palma á la Georgia ó á la Mingrelia; quién está por la Italia; quién aboga por Valencia, quién por Málaga; éste dice que en ninguna parte se dan mujeres como en Bilbao; aquel de más allá disputa que para ver caras lindas no hay como ir á casa de M. Willers; nada de eso: el país más abundante de hermosas es el teatro; todavía no hemos encontrado una fea en las tablas; la muchacha en cuestión es una de esas bellezas de comedia, que nunca desmerecen, ni encanecen, ni envejecen, ni son jamás desamadas, gracias sin duda al telón que se cruza entre ellas y la vejez. La tal muchacha, que se llama Adela, tiene su papá, el cual está, como todos los padres de comedia, lleno de achaques y de inconvenientes. Dinero, Dios lo dé; no hay un cuarto en la casa: de suerte que

el viejo moribundo está muy expuesto á curarse en atención á que no tiene ni para médico ni para botica. En tanto peligro, atisba á la muchacha Adela un mancebito, rico como un ministro de Hacienda y más seductor que un pastel de *Périgord*. Súbase con franqueza á la guardilla, y, gran conocedor del corazón humano, le enseña á la muchacha virtuosa un bolsón de dinero. Adela empieza por hacer ascos y acaba por... la heroína de la comedia en fin... ¿qué tal será lo que hace Adela cuando no sabemos de qué suerte decírselo al público? En una palabra, virtudes de ese temple y dramas por este estilo los encontrará el curioso lector todos los días al volver de una esquina. Pero cuenta con que la muchacha Adela es virtuosa; es verdad que cede, es verdad que .. pero todo por papá. Otro tanto había hecho papá por ella con su mamá, y esto no es más que recompensar un sacrificio con otro, y pagar en la misma moneda. ¡Las muchachas son tan agradecidas!

Adela tiene, sin embargo, un novio á quien quiere mucho, como se ha visto, el cual viene á reclamar su mano y su virtud; la mano allí se la encuentra pegada al brazo; pero la otra quisicosa pára donde paran en el mundo las virtudes de los pobres, tan encomiadas por los filósofos modernos. La heroína con todo le cuenta al bueno del novio el lance tal cual ha pasado, *mutatis mutandis*; en esa franqueza, y en contar de tal suerte con su paciencia, se conoce que lo tiene escogido hace años para marido, ó que sabe que está de ella enamorado. Y es verdad, porque el novio sigue creyendo que Adela es virtuosa, y se va á casa del seductor á pedirle lo que Quevedo no había visto jamás. Pero éste también está enamorado y quiere casarse, ni más ni menos que el novio: tiene tanta más confianza en la virtud de Adela cuanto que le ha costado su dinero. Sobre esto disputan y se disparan un par de tiros; pero los tiros de comedia son como los autores de comedia: rara vez aciertan, no se dan. Adela llega á los postres del desafío y se casa, ¿con quién dirán us-

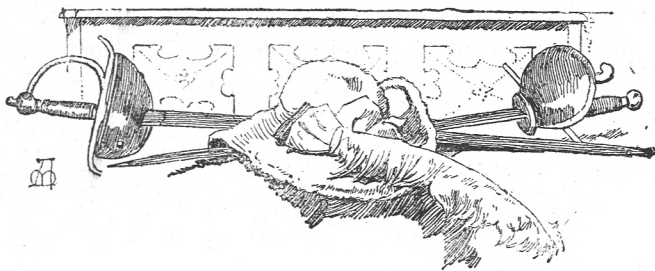
tedes? ¿Con su novio? ¿Con el hombre á quien quiere? No, sino con el rico. ¡Oh! sacrificio noble y sublime de la virtud pobre y menesterosa. ¡Todo por papá! ¡Por papá toma dinero, por papá se entrega Adela á un muchacho rico y galán, por papá se casa con un señor la pobre y virtuosa modistilla! Dichosos padres los que alcanzan tales hijas; una hija de ese temple es una viña, es un coche parado, es un consuelo. La desgraciada Adela mira al cielo y derrama una lágrima de dolor y de romanticismo, en tanto que el bueno del novio se recomienda á caer el telón á la memoria de los recién casados, que probablemente no le olvidarán en sus ratos perdidos.

Consecuencia moral de esta comedia: que el cielo recompensa en esta vida con dinero al que lo gana, como Adela, con el sudor de su frente, y á las muchachas que se entregan al amor por su padre, casándolas con muchachos ricos.

El público no silbó esta comedia; consecuencia positiva: que se le pueden dar impunemente comedias malas y de escandaloso ejemplo.

La posadera rusa es otra cosa ya. Se reduce á una princesa mal casada con un hermano de cierto emperador de Rusia, la cual, gustando más de un oficial extranjero que de su marido, se hace la muerta y se escapa, seguida siempre por su amante. Es verdad que no hay quien aguante esos maridos rusos y seis grados bajo cero que la maltratan á una y quieren todavía que sea una buena, y... La princesa se escapa y pasa á Polonia. Lo demás no lo dice el autor, y no sabemos en qué se pára. Porque lo que hace Adela por su padre en la primer comedia, bien lo podía hacer la princesa por su marido en la segunda. O, ¿lo merece menos un marido que un padre?

No conocemos á los traductores de estas comedias; pero si lo que hace un mal traductor con un autor es maltratarle, los traductores no tienen por qué picarse con nosotros: estamos todos de acuerdo. *Todo por mi padre* y *La posadera rusa* prueban que también en Francia hay autores necios: ambas merecían un castigo en este mundo. Los traductores se han erigido á sí mismos en instrumentos de la Providencia.





DE 1830 A 1836

6

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZABAL

PRIMERA PARTE (1)

En posesión la España hace más de dos años de dar hondas lecciones de política, ofrece al mundo el espectáculo de un parto laborioso y difícil. ¿Cuál será el fruto de sus padecimientos? ¿Cuál el término de la prueba á que la somete la Providencia? ¡He aquí las preguntas que se hacen unos á otros los testigos de su largo alumbramiento! La Europa, clavada la vista en la procelosa Península, estudia sus tormentos con ansiedad, deseosa de sorprender en medio

de este gran desorden de todos los elementos sociales el velado secreto del porvenir: secreto difícil por cierto de penetrar, porque ni el drama deja de ser complicado, ni es la España un país como otro cualquiera: no es posible sentar un pie firme en esa tierra de misterio, más terrible mientras más conocida. Otros más hábiles han salido burlados, y, para no citar más que un ejemplo, pero memorable, ¿quién expió más amargamente que Napoleón su temeraria ignorancia?

Aquí más que en otra parte es la circunspección indispensable: fuerza es ser sobrio de profecías, porque gusta la España de burlar los profetas, y las profecías. Por lo tanto, simples cronistas, vamos á relatar los hechos: libre es el lector de sacar de ellos las consecuencias: una vez sentado un hecho, ¿no encierra en sí mismo sus premisas y sus resultados? La causa espa-

(1) Este opúsculo político, escrito por un hombre que ha sido testigo de la mayor parte de los hechos que en él se encierran, y que, dotado de toda la imparcialidad del que nada aventuraba en ello y de un criterio exacto, podía juzgarlos desapasionadamente, nos ha parecido de bastante importancia para darle á luz. Como reseña histórica, su verdad le hace acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los documentos de que la historia se servirá un día para redactar la crónica de nuestra gloriosa revolución; como escrito filosófico-político, las justas reflexiones de su autor Carlos Didier y la interesante galería de personajes públicos que traza, le colocan en primer rango entre las producciones de esa especie que la Europa ve diariamente aparecer acerca de las cosas de España.